

EL DESIERTO; MI LUGAR DE REFUGIO 1 Samuel 23: 6-14

Tony y Elizabeth Jordan parece que lo tienen todo; muy buenos trabajos, una preciosa hija y la casa de sus sueños; incluso son miembros de una iglesia local. Pero las apariencias pueden ser engañosas. El mundo de Tony y Elizabeth Jordan está a punto de derrumbarse bajo la tensión de un matrimonio completamente debilitado y a punto de acabarse. Mientras Tony se deja acariciar por su éxito profesional y coquetea con la tentación, Elizabeth se resigna a su situación, aumentando cada vez su amargura.

Pero sus vidas toman un inesperado cambio, justo cuando su matrimonio estaba a punto de la destrucción total. Elizabeth conoce a su nueva cliente, Miss Clara, una mujer de fe y oración, quien reta a Elizabeth a establecer un “Cuarto de Guerra” y a hacer un plan de batalla de oración por su familia. Elizabeth comienza a darse cuenta de que vale la pena luchar por su familia y que esta es una batalla que no puede ganar sola. Si quiere ganar y salir victoriosa tiene que buscar a Dios en oración. Si quiere conocer el resultado de esta batalla vea la película “Cuarto de Guerra”. Esto es solo parte de su argumento.

La película está enfocada en la necesidad de buscar a Dios en oración para enfrentar nuestras batallas espirituales diarias, conforme a la promesa que enseña la Biblia: “...*La oración eficaz del justo puede mucho*” (Stg. 5:16). Aunque la película enfoca en una situación matrimonial, la verdad es que lo que aquí sucede aplica en todas las áreas de nuestra vida. Como dice el director de la película, Alex Kendrick: “*Como el ejército, deberíamos de buscar a Dios para hallar la estrategia correcta antes de ir al combate. Por el combate, me refiero a los asuntos del diario vivir que afrontamos en nuestra cultura*”.

Nuestro relato Bíblico de hoy tiene que ver con esta necesidad de buscar a Dios para hallar la estrategia correcta antes de ir al combate contra las presiones del diario vivir, antes de ir a nuestra lucha en medio de tantos problemas y tentaciones diarias. Por tentaciones me refiero no solo a las que tienen que ver con moralidad, sino a otra clase de tentaciones igualmente peligrosas como la tentación de no hacer nada y rendirse ante los problemas, la tentación de encerrarse en sí mismo@ olvidándose de los demás (de los que están a su alrededor y necesitan de su ayuda, o los que están a su alrededor mostrándole todo su apoyo y todo

su amor), la tentación de no querer servir más y aún de no amar más, etc. Esta es la historia de hoy.

El rey Saúl, lleno de envidia y odio contra David lo persigue para matarlo. Mientras tanto, David, al mismo tiempo que está huyendo de la persecución de Saúl, está haciendo un bien para su rey y su nación al rescatar la ciudad de Keila de manos de los filisteos, porque Dios le dijo que lo hiciera, y en pago está sufriendo males de parte del rey de su nación. A pesar de estar bajo muchísima presión, David nunca dejó de buscar la dirección de Dios y fue obediente aún en medio de los grandes problemas que estaba sufriendo. David consultaba constantemente a Dios antes de actuar. ¿Lo hacemos nosotros?

Para colmo de males, los zifeos (habitantes de Zif), de la tribu de Judá, traicionaron a David a pesar de haber salvado a sus hermanos de Keila de manos de los filisteos. Lo hicieron dos veces (1S. 23:19; 26:1). Por esta traición David escribió el Salmo 54. Esta traición pega muy duro en el corazón de David, y juntamente con la persecución que sufría por parte del rey Saúl, se convierten en la razón para que David busque de Dios en oración pidiendo consuelo, fortaleza y dirección.

Me llama la atención que el rey Saúl, al enterarse por boca de los traicioneros zifeos en dónde se encontraba David, cree verdaderamente que es Dios quien ha entregado a David en sus manos (v.7) y va con su ejército para encontrarlo y matarlo. Pero Dios ya le había dicho a David que los zifeos lo traicionarían y huyó. Esto nos enseña que muchas veces podemos hacer daño escudándonos *“en el Nombre del Señor”*, o que hacemos algo *“para la gloria de Dios”*, sabiendo que va a ocasionar daño. En realidad el Nombre de Dios se convierte en sólo una simple excusa para hacer la maldad que se acumula en el corazón de una persona. Así son los religiosos y legalistas.

Saúl pensó que Dios había entregado en su mano a David, pero la verdad es que Dios libró a David de las manos de Saúl. ¿Cuántas veces habrá pasado esto en nuestras vidas y no nos hemos dado cuenta por no estar en comunión con Dios? Nuestro relato Bíblico dice: *“Y David se quedó en el desierto en lugares fuertes, y habitaba en un monte en el desierto de Zif; y lo buscaba Saúl todos los días, pero Dios no lo entregó en sus manos”* (v.14). David huyó al desierto de Judá. Dios protege a los suyos cuando éstos lo buscan en oración; cuando van al desierto a tener un encuentro con Él.

Dice la Palabra de Dios que David se quedó en el desierto en *lugares fuertes*. La palabra *fuerte* también se puede traducir como *refugio*, como traduce la Biblia Nueva Versión Internacional; también se puede traducir como *fortaleza* o *roca*. Resulta interesante saber que David estuvo dos veces en el desierto de Judá. La primera vez, fue la de nuestro relato Bíblico de hoy cuando huía del rey Saúl, quien ya abiertamente procuraba su muerte. Como acabamos de ver, el rey Saúl lo buscaba todos los días para matarlo, pero Dios no entregó a David en manos de Saúl. La segunda vez que se encontró en el desierto de Judá, fue cuando, ya siendo el rey de Israel, tuvo que abandonar Jerusalén por causa de la rebelión de su propio hijo Absalón quien lo traicionó y quería matarlo para tomar el poder (2S. 15:23,28). Fue muy probablemente en esta ocasión cuando David escribió el hermoso Salmo 63. Por eso la referencia a la sed y a la tierra seca y árida en donde no hay aguas (Sal. 63:1). Y aún allí, en esa situación de angustia, de hambre y de sed, David alaba al Señor y confía en que Él lo sostiene y que él está feliz bajo el amparo de sus alas. ¿Usted confía así también?

En las dos huidas al desierto de Judá vemos a un hombre envuelto en una situación de profunda ansiedad y angustia personal. Pero en las dos situaciones vemos a un hombre que busca de Dios y que tiene toda su confianza y su esperanza en el Dios de su salvación y por eso es capaz de gozarse a pesar de todo el dolor que sufre, no solamente de hambre y sed, sino también el dolor y la confusión por no entender por qué lo persigue el rey si él no ha hecho otra cosa que servirle, así como no entender por qué sufre la traición de sus hermanos a pesar de todo el bien que ha hecho por ellos. Seguramente el dolor más grande que pudo recibir David, fue la traición de su propio hijo Absalón, quien no solamente quería el poder, sino también matar a su padre.

Nuestros propios problemas tienden a llevarnos a evitar que nos involucremos en las vidas de los demás. David y sus hombres ya tenían más que suficiente trabajo en hacer lo suficiente para escapar y sobrevivir. Tenían más que suficientes razones para pensar solo en ellos mismos, pero no fue así. David nos enseña que todo creyente, pero con mayor razón un líder, debe poseer la capacidad, en tiempos de crisis, de poner distancia entre su vida y las circunstancias que lo rodean, para entrar en la presencia de su Dios y encontrar allí el alivio que necesita. Juntamente con ese alivio, vendrá también una dirección divina que le permitirá soportar lo que está viviendo y que le indicará hacia dónde debe de apuntar para salir

con victoria. En la presencia de Dios sus prioridades se volverán a alinear con las de Dios y podrá declarar con total convicción como David: *“He aquí, Dios es el que me ayuda; el Señor está con los que sostienen mi vida... alabaré tu Nombre, oh Jehová, porque es bueno. Porque Él me ha librado de toda angustia”... (Sal. 54: 4,6,7)*, cuando lo traicionaron los zifeos y Saúl lo perseguía para matarlo. Y también podía decir con absoluta certeza: *“...De madrugada te buscaré...para ver tu gloria y tu poder...Y con labios de júbilo te alabará mi boca...Porque has sido mi socorro, y así en las sombras de tus alas me regocijaré. Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido” (Sal. 63:1,2,5,7,8)*.

Cuando busca uno al Señor en oración, Dios nos quita la venda de los ojos que no nos deja ver que a nuestro alrededor hay gente que nos ama y nos apoya. La venda en los ojos no nos permite ver y echar mano de los recursos que Dios nos pone en el camino para salir adelante, porque estamos encerrados sólo en nuestros problemas, en nosotros mismos. Nos olvidamos de los demás incluso cuando más nos necesitan.

¿Por qué huir al desierto? En el Antiguo Testamento, el desierto de Judá es llamado *Jesimón*, que se traduce como *“devastación”*. Devastar significa destruir, reducir a pedazos o cenizas algo. Es una palabra apropiada para esta región seca de 35 millas de largo y 15 de ancho (56 por 24 km), ubicada entre el mar Muerto y las colinas cercanas a Jerusalén. Sólo hay unos cuantos arbustos pequeños, espinosos y para nada succulentos para aliviar una vista que consiste únicamente de la arena color marrón y amarilla, de piedras calizas desmoronándose y escombros esparcidos de rocas.

Debido a la falta de agua y a la ausencia de caminos, el desierto de Judá ha estado inhabitado la mayor parte del tiempo. Por consecuencia ha sido un lugar ideal para aquellos que buscan refugio de sus enemigos o un retiro del mundo. Por ejemplo en nuestra historia, como vimos, cuando David huyó del rey Saúl, él se escondió en varios lugares del desierto de Judá (Zif, Maón y Engadi forman parte del desierto de Judá). Juan Bautista predicó aquí y parece probable que el Señor Jesús haya sido tentado aquí también. Herodes el Grande construyó dos fortalezas en este desierto: la de Herodión y la de Masada, construidas en el tope de dos montañas, para protegerse en caso de una revolución o algo así. La fortaleza de Masada tiene una historia heroica y conmovedora cuando los romanos persiguieron y atacaron a los revolucionarios judíos.

El desierto de Judá está próximo a Jerusalén y su población es relativamente escasa. Los pocos lugares para habitar que hay allí se establecieron en las orillas alrededor. Este desierto es conocido por su accidentado paisaje, que a lo largo de la historia ha dado cobijo y ocultado a rebeldes y zelotes, y ha proporcionado soledad y aislamiento a monjes y otras personas que viven como ermitaños (solitarios).

Hace varias décadas se descubrieron aquí los Rollos del Mar Muerto ocultos en una caverna de Qumrán, documentos que permitieron arrojar luz acerca de la Biblia y del periodo en el que se escribieron. En la parte final del desierto se encuentra uno de los lugares más importantes de la Cristiandad, el río Jordán donde el Señor Jesús fue bautizado por Juan el Bautista.

Conclusión

Como Saúl perseguía a David para matarlo, así también los problemas y dolores son parte del diario vivir; constantemente nos persiguen para acabarnos; para acabar con nuestro ánimo, para acabar con nuestra fe. Tenemos que entender que los problemas NUNCA se van a acabar, ¿y qué vamos a hacer ante ellos?, ¿renunciar o vencerlos y seguir?

David tomó la decisión de vencer sus problemas y aún sus miedos y seguir adelante con la misión que Dios le había dado. Como guerrero valiente que era, siguió peleando la batalla, no contra su rey aunque ciertamente éste se lo merecía, sino contra los enemigos de su rey. David ayudó a cuanto pueblo pudo y a cuanto gente vino a él. Ni siquiera se detuvo cuando alguna de esa gente a la que tanto ayudó lo traicionó. Nada nos debe detener en nuestro llamado a servir; ni la traición ni la falta de agradecimiento, ni nada.

Cuando nos ocupamos de los demás Dios se ocupa de nosotros; cuando buscamos al Señor en oración y hacemos su voluntad, Dios se ocupa de nuestras necesidades. Dios siempre tuvo provisión de comida y lugar para esconderse para David hasta que fue tiempo de tomar posesión de su reinado. Si David se hubiese encerrado en sí mismo nunca hubiera podido ayudar a tanta gente como lo hizo; nunca hubiera recibido el consuelo, la fortaleza y dirección de Dios y se hubiera quedado frustrado, débil, miedoso y hubiera sido fácil presa del enemigo que lo hubiera

acabado. Esa es la diferencia entre buscar a Dios o no buscarlo en tiempos de angustia, dolor y hasta temor.

Ciertamente es muy difícil hacer esto, es más, me atrevo a decir que es prácticamente imposible. Necesitamos la ayuda de alguien superior que nos de la fuerza y el ánimo que necesitamos. Ese alguien es Dios y tenemos que ir a buscarlo. Tenemos que ir al desierto y refugiarnos en Él.

Buscar a Dios en tiempos de angustia, dolor y hasta temor, es la diferencia entre “*Yo entregaré en tus manos a los filisteos*” (v.4), como Dios le dijo a David, o dejarse vencer por sus miedos. Tal vez suena demasiado drástico, pero el mensaje es que si no buscamos a Dios es que estamos diciendo que no lo necesitamos para salir adelante y Él se hará a un lado, aunque siempre permanece cerca. El Señor Jesús dijo que separados de Él nada podíamos hacer (Jn. 15:5).

La palabra desierto significa devastado, destruido. Tal vez estamos viviendo ahora mismo nuestro propio desierto, tal vez se sienta devastad@ o destruid@ moral y/o espiritualmente, pero este mismo desierto se puede volver nuestro lugar de refugio, nuestro cuarto de guerra, cuando en oración buscamos la presencia de Dios, cuando buscamos su consuelo, su protección, su sanidad, su fortaleza y su victoria en nosotros. El desierto puede ser lo mismo un lugar de destrucción para nosotros o un lugar de refugio, la diferencia está en buscar o no a Dios en oración.

David se quedó en el desierto en *lugares fuertes*, y como dije antes, la palabra *fuerte* también se puede traducir como *refugio*, como traduce la Nueva Versión Internacional; también se puede traducir como *fortaleza* o *roca*. Dios es nuestro dulce refugio, nuestra roca firme.

Cuenta una historia que, después de un naufragio en una terrible tempestad, un marino pudo llegar a una pequeña roca y escalarla, y allí permaneció durante muchas horas. Cuando al fin pudo ser rescatado, un amigo suyo le preguntó: —¿No temblabas de espanto por estar tantas horas en tan precaria situación, amigo mío?
—Sí —contestó el náufrago—, la verdad es que temblaba mucho; pero... ¡la roca no!... Y esto fue lo que me salvó.

Charles Spurgeon, conocido como el príncipe de los predicadores (1834-1892), dijo: *"Yo tiemblo, pero la roca no se mueve. Nunca está bien desconfiar de Dios, y nunca es en vano el confiar en Él"*.

El desierto puede ser un lugar de destrucción y muerte, o puede ser nuestro refugio firme, nuestra roca fuerte. La diferencia está entre buscar a Dios y no buscarlo. ¿Qué situación está sufriendo ahora?, ¿qué será su desierto: destrucción o refugio? Busquemos a Dios en oración y Él nos sanará las heridas, nos fortalecerá, nos levantará y nos dará la estrategia para salir, luchar y vencer. ¿Lo cree usted? Amén... Vamos a orar...